

¿REBELDES O REVOLUCIONARIOS? LA FICCIÓN DE LOS CAMBIOS SOCIALES RADICALES COMO EXPRESIÓN DE ESTADOS MENTALES TOTALITARIOS

AUTOR

Marco Aurélio Crespo Albuquerque

Psicoanalista; Miembro Titular de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de Porto Alegre

RESUMEN

En esta obra el autor analiza, a la luz de algunos conceptos psicoanalíticos, aspectos sociales actuales y relevantes en América del Sur, especialmente el vínculo entre la idealización de los rebeldes supuestamente revolucionarios, y la adopción, consciente o inconsciente, de posiciones totalitarias. Relaciona a la idealización de la rebelión con las etapas primitivas del desarrollo y sugiere que hay una conexión entre el discurso totalitario – e el pensamiento que lo justifica y autoriza – con las vicisitudes encontradas en el desarrollo del niño, especialmente en la forma en que la experiencia psíquica fue y continúa a ser producida.

El autor también sugiere que mentes totalitarias tienen una forma de experiencias psíquicas características de las posiciones más primitivas de desarrollo emocional con predominio significativo de disociación, pensamiento omnipotente, negación y creación de la discontinuidad de la experiencia, con una culpa de naturaleza persecutoria. Alguien que tiene esta forma de producción de experiencias tiene dificultades para lograr una forma de producir experiencias más típicas de las posiciones más evolucionadas, basadas en la culpa genuina y reparación amorosa características del verdadero espíritu revolucionario.

INTRODUCCIÓN

Estoy de acuerdo con Hannah Segal (1) cuando afirma que *"Generalmente se está de acuerdo que la Psicoanálisis hable con autoridad sólo de Psicología individual y de su trabajo en la sala de consulta. Fenómenos socio-políticos deben ser reservados a expertos de otras áreas, economistas, sociólogos, políticos e incluso, en la zona de la guerra, a los generales. Sostengo, sin embargo, que el psicoanálisis tiene en su campo numerosos aspectos de la mente humana y sus actividades, y que por lo tanto la explotación de los aspectos sociales es un área legítima de investigación psicoanalítica."*

Uno de los aspectos sociales que más pueden interesar a una legítima investigación psicoanalítica en la actualidad latinoamericana es la eterna tentación de las soluciones totalitarias, venidas del fascismo a la derecha o del comunismo/socialismo a la izquierda. En los últimos años, en algunos países sudamericanos, los pretensos "revolucionarios" tomaron el poder, imbuidos con el deseo de producir transformaciones sociales amplias y radicales. La revolución, deseada o temida, ahora inminente o en curso, es discutida o idealizada basada en argumentos económicos y político-ideológicos. Pero, ¿cómo nosotros, psicoanalistas, podemos contribuir a este debate desde el cuerpo de conocimientos propios del psicoanálisis?

Tal vez si lo consiga eso reflexionando, en primer lugar, a respeto de los mecanismos de funcionamiento mental de los autodenominados “revolucionarios”. Estos generalmente prometen un nuevo e idealizado estado de cosas, un mundo utópico de igualitarismo, donde las diferencias dejarán de existir y habrá una abundancia de justicia y felicidad. El prometido paraíso, terrestre o celestial, tiene en común la disolución de las diferencias generacionales, sexuales y sociales. Es decir, negar todo lo que nos hace humanos.

Detrás de este manifiesto contenido, siempre presentado como desinteresado y generoso, están los secretos deseos de la reparación de las injusticias sufridas en la infancia y del retorno a un estado de mente donde las diferencias no existían, donde los objetos no eran más que una extensión del individuo, donde la impotencia infantil causaba dolor y generaba ataques rabiosos o envidiosos a las posesiones de papá y mamá, propietarios de potencias, en particular las potencias genitales, aunque no estaban todavía disponibles para el niño pequeño. El nuevo mundo prometido, visto desde este ángulo, no parece tan nuevo, sino simplemente una eterna reedición de antiguas formas de producción de experiencia, en un intento de negar o anular las diferencias a los objetos, herencia de una época del desenvolvimiento donde la disociación era el mecanismo predominante de la evitación de las angustias persecutorias.

Además, la ira, violencia y destructividad de muchos actos y movimientos revolucionarios revelan, por otra parte, el viejo resentimiento y odio vengativo a objetos frustrantes, que a veces eran frustrantes sólo porque no estaban disponibles el tiempo todo, o por ter dado muestra de ser diferentes y autónomos.

No hay que confundir este tipo de “revolucionarios”, por más idealizados y míticos que ellos se conviertan, con aquellas personas que hacen cosas verdaderamente revolucionarias, basadas en la invención y la creatividad, en la introducción de lo nuevo y de lo diferente, no una mera repetición de viejas agendas y eternas quejas contra las presumidas injusticias cometidas por sus objetos originales. Pero ¿cómo diferenciar, psicoanalíticamente, la rebelión del verdadero espíritu revolucionario?

¿REBELDES O REVOLUCIONARIOS?

Los así llamados “revolucionarios” tienen sus vidas y sus pensamientos estudiados, disecados e – a veces en igual proporción – combatidos o idealizados. La narración de sus hechos entra en la historia y ellos se convierten en mitos, una construcción colectiva que crea objetos adecuados para la recepción de la proyección de numerosos aspectos de la gente común. Sus vidas ganan un fuerte componente ficcional, donde sus defectos son minimizados o racionalmente justificados, y sus obras son idealizadas o santificadas como radicalmente transformadoras, aun cuando en realidad no lo son. A sus pensamientos y escritos, a menudo limitados y parciales, si no francamente confusos, equivocados y basados en falsas premisas, se toman como enseñamientos perspicaces y como expresión de una mente evolucionada y original. Su actuación, a veces vil y criminal, es saludada por muchos como ejemplo de lucha por un mundo mejor.

Ni siempre es fácil distinguir a aquellos que tienen un verdadero espíritu revolucionario de aquellos que son simplemente rebeldes, que utilizan las causas externas

solamente para justificar sus temas internos, basados principalmente en la división o disociación, que parece ser el mecanismo de excelencia y a través de cual quedan justificados todos los actos violentos o terroristas. De esta manera miles o millones de crímenes en el rastro de las revoluciones y guerras, políticas o religiosas, dejan mágicamente de ser crímenes y pasan a ser entendidos y aceptados como un daño colateral molesto, muertes inevitables o necesarias, cuando no una represalia "adecuada" a los daños causados a la causa mayor, ya sean reales o imaginados.

Meltzer (2) nos puede ayudar en esta diferenciación. Según él *"la rebelión incluye todas las partes relacionadas en el apogeo del complejo de Edipo, en el cual predomina aún la lucha contra la barrera del incesto. Se caracteriza por el desprecio al pasado, voracidad por el poder, el resentimiento contra la autoridad, la idealización de la novedad y la incredulidad sobre la importancia de la experiencia para el desarrollo de la sabiduría. Ese estado es dominado por la ansiedad persecutoria y predispuesto a la utilización de medios violentos y a la expectativa de represalias violentas. Está decidida a creer que gente buena está siendo dañada por los malos y que soluciones simples y "finales" sólo requieren "coraje", es decir, cruel destrucción de los enemigos. Sus objetivos son por lo tanto colocados siempre negativamente, falsamente discutidos y adornados con las generalizaciones indocumentadas. La venganza es su carácter y la ley del talión fundamento lógico. Vital a los quince años, llega a ser peligrosamente antisocial a veinticinco."*

Reconocemos inmediatamente numerosos líderes políticos o religiosos que encajan a la perfección en esta descripción de Meltzer.

Esta descripción es muy cercana al modo que Ogden (3) piensa a respecto del modo esquizoparanoide de producir experiencias¹ en el mundo, donde los problemas y complejidades se resuelven a través del pensamiento mágico, excluido de la realidad psíquica. Así la culpa, al menos como en el modo depresivo, no existe en el vocabulario emocional. Cómo es un mundo de objetos, en lugar de sujetos, no hay espacio para la preocupación o cuidado con ellos. Los objetos pueden ser valorados pero no producen preocupación, cuidado. Un objeto puede ser dañado o usado, pero sólo uno sujeto puede ser herido o lesionado.

Bollas (4) describe un estado de mente fascista, incluso entre intelectuales (incluyendo psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas, debo agregar), que dan su aval racional a la muerte de miles o millones de personas al despojarlos de su humanidad y convertirlos en números o categoría. La deshumanización de la burguesía propuesta en el manifiesto comunista, escrito y respaldado por otros tantos intelectuales, dio su aprobación para el exterminio de millones de

¹ El modo esquizoparanoide para generar experiencia es fuertemente basado en disociación (splitting) como defensa y como una forma de organizar la experiencia. Mientras que el modo depresivo funciona predominantemente en el servicio de la contención de la experiencia, incluyendo el dolor psíquico, el modo esquizoparanoide se divide entre los esfuerzos para manejar el dolor psíquico y los esfuerzos para su evacuación, mediante el uso de pensamientos omnipotentes, negación defensiva y la creación de la discontinuidad de la experiencia. (Ogden, 1989)

personas, de la época estalinista hasta hoy, porque no eran personas que fueron o continúan siendo asesinados, sólo enemigos del estado. Simplista y hediondo al mismo tiempo.

Bollas afirma que, como psicoanalista, vuelve su atención a ese estado de mente que da el aval a la exterminación de los seres humanos. Lo llamó *"estado fascista de la mente, sabiendo que, en algunos aspectos, esto es incorrecto, puesto que el Fascismo fue un movimiento especial en la historia del mundo con aspectos muy singulares, pero justifica este permiso para jugar con el doble sentido de la palabra "estado". Hubo un Estado fascista. La aparición del Estado y su teoría política puede decirnos mucho acerca de otro estado: el estado de mente que autoriza una teoría fascista. "*

Así que no es raro o infrecuente encontrar personas con gran capacidad intelectual, apasionadas por ideas o actos totalitarios, a justificarlos con los más variados y falsos argumentos racionales, perversamente presentados como en favor de la humanidad. La explicación no está en la racionalidad de los argumentos, pero en los estados mentales que apoyan estas ideas, entre ellas la división, o disociación, que parece ser el mecanismo mental de excelencia para estos propósitos, la vía mediante la cual se todos los actos violentos o terroristas quedan justificados.

LAS FICCIONES QUE ESCUCHAMOS EN LA SALA DE ANÁLISIS

Ogden describe la disociación como la forma de una persona quedarse tranquila, sentirse segura, separando lo amenazado de lo amenazador. Todas las defensas en el modo de esquizoparanoide se derivan de este principio (por ejemplo la proyección y sus variaciones, incluyendo identificación proyectiva).

Tomo como un ejemplo de este tipo de disociación un paciente de 35 años de edad, a quien voy a llamar Carlos, que se consideraba un combatiente de las causas humanitarias y ecológicas, un idealista y participante activo de la política ecológica en un gobierno alineado con las posiciones dictatoriales y totalitarias. Él ha vibrado intensamente, en medio de una reunión de su partido, con la caída de las torres gemelas y la muerte violenta de miles de personas, transmitida en tiempo real para todo el mundo. Esta mañana se compraron inmediatamente botellas de champaña para brindar por este golpe magistral echado en la bestia capitalista, culpable según él de todos los males que afligen a nuestro país y los vecinos de América Latina, y quizás del mundo. Para él no habían sido muertos tres mil seres humanos, pero tres mil capitalistas, enemigos de la causa socialista.²

Bajo esta premisa, que no murieran sujetos y sí los objetos persecutorios, enemigos del self, no experimentó ninguna culpa por la muerte o la celebración, demostrando la fuerte contradicción entre la supuesta postura humanitaria, pro-vida y que – en lugar de quedarse estupefacto – si excitó tremendamente y vibró con el homicidio. La historia ficcional, que contaba a su respecto, de ser un profundo respetoso de la vida, era su ficción particular, totalmente diferente y contradictoria con la excitación de lo que fue tomado con el exterminio de personas inocentes. Me hizo pensar inmediatamente en como en la producción de

² Incluso niños, porque un "niño capitalista" no es solamente un niño, pero un futuro enemigo en potencial de la causa socialista, que puede ser eliminado sin daños mayores a la consciencia.

experiencia del tipo esquizoparanoide la historia es reescrita y/o recibe otro nombre, transformada en una ficción tranquilizadora, y la necesidad de culpa es evitada. De esta manera el asesinato vil y traicionero fue reescrito instantáneamente en su mente como un acto de una lucha justa, donde todos los medios son justificados y respaldados por los fines.

En Carlos la culpa, en lugar de ser experimentada, solía ser disipada a través de grandiosas fantasías de reparación, vividas por su self humanitario e idealista. Sin embargo, sabemos que ese idealismo, cuando es una expresión de un estado maníaco ideal, en lugar de relacionado con la reparación depresiva posible y real, equivale al modo de producir experiencia de la posición esquizoparanoide, con deseos infantiles de un universo mágico idealizado, sin margen para el diferente, o donde se experimentan los diferentes como una vivencia persecutoria de agresión al self, y por lo tanto, intolerable.

CONCLUSIÓN

En realidad, todas las historias que contamos y oímos, en la sala de análisis o fuera de ella, son ficciones sobre nosotros mismos y lo que nos sucede, e a la sociedad donde vivimos, porque al final todo el ser humano es un ser narrativo por excelencia. La producción de historias es y siempre ha sido uno de los temas humanos más caros, ya sean reales o ficticios con respecto a hechos que pasó o pueden haber ocurrido, o lo que podría ocurrir, como en relatos de ficción científica. Nuestra vida, en sus aspectos individuales y colectivos, no se basa en hechos o ficciones, se basa en **hechos y ficciones**, dialécticamente interrelacionadas que a menudo se experimenta una ficción como hecho o realidad. No es por otra razón que la realidad psíquica se convierte a menudo en más importante que la realidad objetiva de los hechos, su relectura tornándose cada vez más importante que el incidente en sí mismo. Abandonamos la realidad y nos quedamos con la ficción muy fácilmente.

Basadas en este mecanismo primario las ficciones totalitarias, nuestras, de nuestros pacientes o del “revolucionario” del momento, quedan justificadas y se convierten en atractivas, seduciendo y prometiendo un espacio ideal para la transformación, que obviamente nunca llega, produciendo una frustración constante y una creciente rebelión.

En conclusión, me gustaría volver a Meltzer y su bellísima y poética descripción del verdadero espíritu revolucionario:

"El espíritu revolucionario surge en el momento de que la identificación introyectiva con el objeto combinable es aceptada como exigiendo una vida de separación, "bajo su égida". Sabiendo que los objetos internos son muy diferentes de los externos, es resignado por la falta de comunicación con la generación anterior y preparado para descubrir que su comprensión de los más jóvenes también es limitada. Convencido de la primacía de la realidad psíquica y la dependencia del pensamiento sobre la sabiduría de los objetos internos, sabe que su armonía interna es más valiosa, aunque no más estimada que cualquier relación externa. Así pues, su lealtad es dada sólo internamente. Sin embargo, respeta los objetos externos – los de misma edad por sus opiniones, sus mayores por su experiencia y las nuevas generaciones por su potencial.

Pero aún así, es propulsado por el fuego interno de sus intereses y talentos para continuar en su propia línea de investigación y actividad, acogiendo con beneplácito a los compañeros pero no dependiendo de aliados. Su égida dicta que la realidad psíquica y por lo tanto las razones y los métodos que la acompañan, son de primera importancia y que sus objetivos son a lo mejor una estimación y que las metas son meramente visionarias. Siguiendo su dirección metodológica y ética, se prepara para lo peor, sea el sacrificio o descubrir en el error. Desperdicio de su tiempo de vida (considerado como regalo) es su gran temor, y jura por lo tanto nunca cometer el mismo error dos veces. No es, sin embargo, dado el ensayo y error, pero se inclina más bien a esperar para encontrar inspiración, desde sus objetos internos y por las oportunidades que vienen de afuera. No tiene que correr porque siempre hay otras cosas que hacer durante la espera, o realizar sus tareas rápidamente, porque no hay mucho que hacer, por más rápido que camine. Tiende a trabajar esforzándose al máximo por la misma razón y esperar con alegría la llegada de la nueva generación para que pueda pasar la responsabilidad por el mundo, mientras que convierte a la introspección y la búsqueda de la sabiduría. Sabe que todos tus logros serán barridos por la historia y parecerán débiles en retrospectiva, y que sin duda planteó más problemas de que los ha resuelto. Resignase a una revolución permanente, no sólo en julio y en octubre, pero todos los días."

BIBLIOGRAFÍA

1. Segal, Hannah. "De Hiroshima à Guerra do Golfo e depois: expressões sociopolíticas de ambivalência", em: Psicanálise, Literatura e Guerra; Imago, RJ, 1998.
2. Meltzer, Donald. "A "Revolução Permanente" das Gerações", em: Estados Sexuais da Mente, Imago, RJ, 1979.
3. Ogden, Thomas. "The Structure of Experience", em: The Primitive Edge of Experience, Jason Aronson Inc, New Jersey, 1989.
4. Bollas, Christopher. "El estado mental fascista", em: Siendo un personaje, Paidós, Buenos Aires, 1994.

UNITERMOS

Estados mentais primitivos; Totalitarismo; Rebeldia